

EL SÍNDROME DE DOWN



¿Por qué desear que viva
un niño deficiente, si tiene
todas las posibilidades
de ser desgraciado?

¿Su vida será feliz o desgraciada? Esto no depende de la gravedad de su deficiencia. No depende del número de células de su cerebro. Depende de su entorno, pues lo esencial de su felicidad, y de la nuestra, es amar y ser amado.

El niño al nacer no sabe nada del drama que se vive en su entorno, pero lo siente a través de todas las fibras de su ser. Por el tono de voz, por la dulzura o indiferencia de los gestos, por el tiempo, tranquilo o angustiado que se le dedica, sabe si es acogido o rechazado. Incluso aquel con una deficiencia que parece afectar a todo su ser, sin dudas, es una persona.

¡Cuántos padres como el filósofo Emmanuel Mounier, junto a su pequeña hija, cuya inteligencia parecía mermada, han sentido una presencia que les invitaba a un “plus” de amor, de esperanza y de ternura!

Pero al no encontrar ningún apoyo, muchos padres son casi incapaces de ofrecer este amor incondicional. Es necesario rodearse de toda una red de amigos y cada uno de nosotros puede ser uno de estos amigos.

Veamos qué nos dice Ana, alguien que ha tenido esta experiencia.

“A los 33 años di a luz a mi tercer hijo, una niña a la que quisimos llamar María. Un cuarto de hora después de su nacimiento, el pediatra me dijo que nuestra hija estaba aquejada de la trisomía 21 (nombre científico de mongolismo). Nada hacía prever esta deficiencia, no me pareció necesario hacerme la amniocentesis, ya no estaba dentro de la edad “de riesgo”. De todas formas, mi marido y yo habíamos decidido que, si alguno de nuestros hijos sufriera una deficiencia, fuera cual fuera, no recurriríamos al aborto. Después de todo me sentí aliviada de que no se hubiera detectado nada en el estado pre-natal, pues así al menos pude tener un embarazo tranquilo. En el primer momento recibí, sin dudas, una gracia especial por no sentirme destrozada. Ya había trabajado con niños mongólicos, sabía que su deficiencia puede ser leve, que son niños particularmente afectuosos y que se pueden integrar muy bien en un medio normal.

En cambio, mi marido estaba destrozado. Era incapaz de aceptar a María y quería que nos separásemos de ella legalmente lo más rápido posible.”